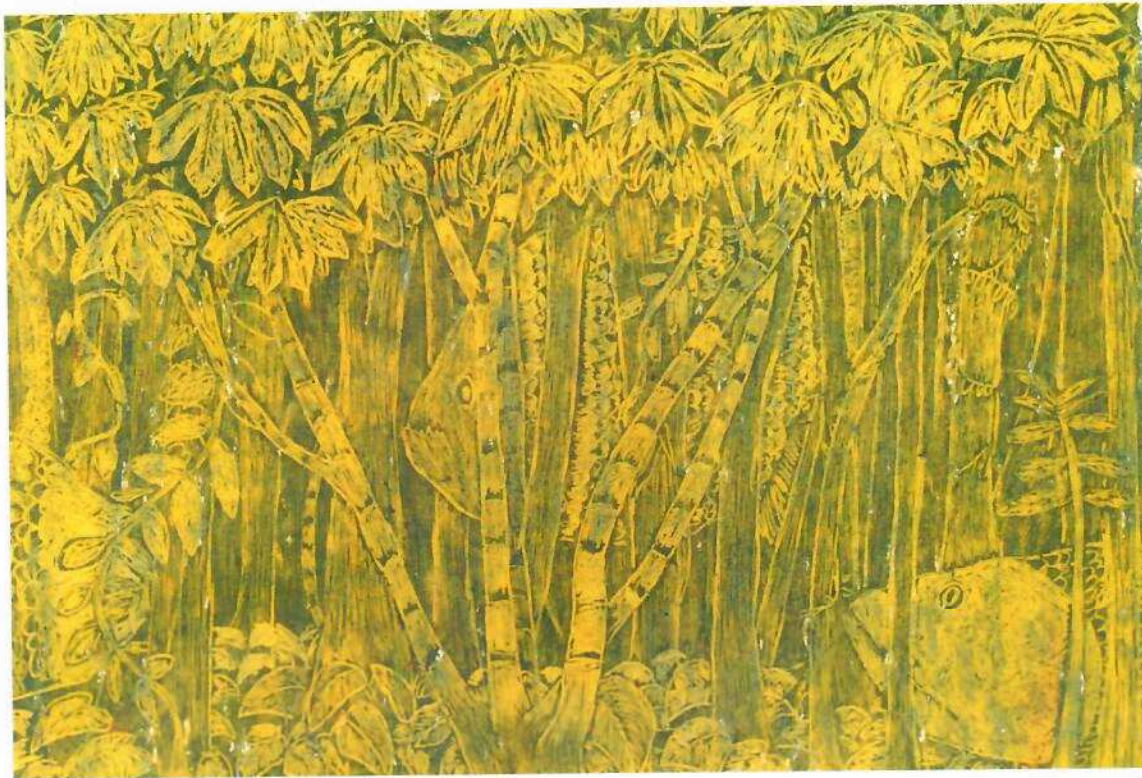


# Yo **estaba** ahí



Sueño del aguti (fragmento)

S

---

*“Tal vez somos un cuento,  
tal vez sin que nunca nos percatemos”.*

Giovanni Quesseps

algo a cumplir aquella cita, mientras los pájaros dejan rezagada a la aurora.

Debo encontrarme con mi amiga poeta en los patios de la Universidad. Vamos a la editora a revisar los textos de nuestra posible publicación, estancada hace tres años porque aquí los proyectos culturales son casi siempre aplazados.

Tomo un taxi.

Desde el vehículo que me conduce observo a los transeúntes: caminantes de sudadera, caminantes que sacan sus perros a hacer sus necesidades cotidianas, madres que llevan a sus bebés en los cochecitos para que reciban el sol de la mañana, patinadores, ciclistas y hasta ancianos en sillas de ruedas. Desprevenido, desvíó la mirada hacia la izquierda y veo un cartel,



pegado sobre un rollo de cemento, donde se invita a honras fúnebres.

No alcanzo a leer el nombre del muerto.

En mi interior, ignoro el por qué, deseo conocer el nombre de la persona fallecida y me interrogo acerca de si volveré a pasar por allí antes de que otro u otros carteles lo cubran.

El noticiero que escuchamos por la radio del taxi transmite las noticias de lo ocurrido el día anterior: masacres, bombas, granadas, minas quiebrapatas, accidentes, terremotos, inundaciones, sequías, niños maltratados, violaciones, gobernantes corruptos, guerrilla, paramilitarismo, narcotráfico. Como si repitiera la grabación de las mismas noticias de ayer, de anteayer y de todos los días.

¡Siempre las mismas historias!

Historias desgarradoras de huérfanos y viudas, de niños que huyen a la calle violentados en sus hogares, y se traban con pegante amarillo para matar los recuerdos y el hambre; desplazados –obligados– que invaden las ciudades, con los estómagos corroyéndoles por dentro, sobreviviendo a la intemperie. Desempleados de la vida que han tenido que dejar su campo, sus gallos solos cantándoles a los amaneceres de la desesperanza.

Las mismas historias de ríos ennegrecidos porque los desalmados han volado los oleoductos, y de mares con atardeceres de fuego, que quisieran acrisolar sus entrañas abisales cargadas de desechos; esos mismos mares que se encrespan, con furia, contra la devastación.

Todas esas catastróficas noticias me hacen recordar que hace una semana, Tania, mi amiga poeta, había asistido al sepelio de un amigo. El cadáver de él lo habían encontrado en la playa todo mordisqueado de peces e hinchado, como si hubiera permanecido varios días en el mar. Inicialmente nadie lo había

identificado, hasta que lo llevaron a la morgue y los médicos forenses y las autoridades se encargaron de investigar.

En un instante la voz del conductor me cortó el dolor, la ansiedad y los pensamientos: “Hemos llegado, ¡Son seis mil pesos!”

\* \* \*

Mi amiga Tania no cumplió la cita, no sé si ella pensaría que yo no iría.

Mientras la esperaba, comencé a escribir estas reflexiones. Me sentía ansioso, con esa ansiedad que sale del alma, por el cartel que había visto al pasar y no había podido leer; temeroso por mis pensamientos al respecto y triste ¡Muy triste! Ignoro el porqué.

De repente dejó de escribir, la mano no me responde. No hay palabras. No consigo escribir más.

Aún sigo sentado en la banca del patio.

Ya piedrudo por haber tenido que esperar tanto, maldigo.

Alzo la vista y trato de pasar el tiempo leyendo los nuevos grafitis de protesta contra el gobierno y las directivas de la universidad que, estudiantes inconformes, han escrito en las paredes.

Recuerdo que traigo mi cámara fotográfica en mi maletín y cierta investigación que realicé sobre la importancia del grafiti en la comunicación, como expresión de las gentes que no tienen acceso a los medios de comunicación y escriben sobre los muros, fugazmente y en el anonimato, sus voces de protesta, sus ideas sociales, religiosas, sus mensajes de amor. Disparo varias veces mi cámara fotográfica para registrarlos y, desistiendo de esperar a mi amiga, salgo a la calle, al medio día hirviente de sol y de transeúntes, de vendedores ambulantes, invasores de andenes, con sus

parapetos repletos de cachivaches que compran todos los que deambulan por allí, y lo primero que veo es la leyenda de un carrito de frutas: "*Jesucristo Vive*". De nuevo oprimo el botón de mi cámara: "*Chaza la Mano Poderosa*"; en otro dice "*Jesucristo es el Señor*", y debajo, en una combinación surrealista, "*patacones chicharrón chorizo queso bofe salchichón*". La cámara dispara sin cesar, también sobre otros carritos de frutas: "*El Vitaminoso*", "*El Vencedor*". No sé por qué, en ese momento, recuerdo a Eusebio, el carretillero: un viejo moreno, alto, flaco y desdentado que, cuando yo era niño, iba donde mi abuela a vender carbón y bloques de hielo cubiertos con aserrín. Carbón para el fuego de los anafes, y bloques de hielo para refrescar el agua y calmar la sed.

Tal vez lo recuerdo porque hace dos días iba caminando por la calle y un tipo me tropezó el muslo con uno de esos grandes bloques de hielo y, en ese momento, tuve la sensación de un dolor intenso como si un punzón pica-hielo me lo hubiera taladrado. Y siento ahora ese mismo pinchazo pero en lo más íntimo de mi alma. Simultáneamente veo un libro en la venta callejera del andén al otro lado de la calle: "*El poder está dentro de ti*", y otro carrito de frutas "*Mi ángel de la guarda*". Oprimo el botón de la cámara una y otra vez y, súbitamente, el carrete comienza a devolver la película.

En ese momento no me percaté de la casualidad.

Detengo un taxi para volver a mi casa. El taxista me ignora. Trato de detener otro, y otros, y sucede lo mismo. Veo amigos y... ellos no me devuelven el saludo.

Sigo con la misma ansiedad y con el mismo dolor interno.

Sin embargo, después de ver la ciudad en ebullición me digo a mí mismo que a los gallos deberían traérselos para para la ciudad a cantar, para que su canto no se quede en la desesperanza.

Paso de nuevo por el frente del rollo de cemento, pero vengo tan ensimismado que olvido leer el cartel.

\* \* \*

Ya es de tarde. Algunas personas al transitar por el frente de la sala de velaciones leen el mismo cartel que yo no pude leer. Todos se preguntan: ¿Qué pasó? Pero si no estaba enfermo, si no sufrió ningún accidente, ningún atentado.

¡Pobre Vicente, tan bueno que era!

¡Tan bueno que era!

\* \* \*

Ahora me preocupa si, en medio del caos de este país, mis poemas de amor quedarán inéditos o si a mi amiga Tania se le ocurrirá ir sola a la editora y corregir los textos, para que sean publicados en forma póstuma.

Con los ojos llenos de lágrimas, mis amigos, vestidos de luto, dan el pésame a mi familia.

*\*Alicia Haydar Ghisays  
Comunicadora Social - Periodista.  
Escritora. Docente Universidad de Cartagena*